

¿Redefinición del sindicalismo latinoamericano?

BERNARD LESTIENNE

El movimiento sindical latinoamericano se encuentra hoy en total transformación. Las actuales condiciones económicas y sociales poco o nada tienen que ver con aquéllas en las que éste se desarrolló y consolidó. Desde hace dos décadas atraviesa una crisis profunda en la que se remodelan sus roles y funciones.

LA FASE INSTITUCIONAL

En el siglo pasado, la aparición precoz del capitalismo de enclave provoca el surgimiento de una clase obrera reducida que poco a poco transforma el movimiento mutualista inicial (1850-1880) en un incipiente movimiento sindical. Aquélla es la "época heroica" (1880-1930) en la que los sindicatos minoritarios pero combativos no existen legalmente, la situación de los trabajadores es precaria y la acción obrera depende ante todo de las estrategias patronales.

La "fase institucional" (1930-1960), en la que se generaliza y consolida el movimiento sindical, corresponde a los gobiernos populistas de aquélla época. El desarrollo de nuevas capas intermedias precipita la crisis de la oligarquía terrateniente, sobre todo entre 1915 y 1925. Las nuevas élites industriales buscan el apoyo del Estado y de los estratos populares. El Estado mismo, a menudo en manos de militares, al desempeñarse como árbitro entre los nuevos protagonistas, adquiere una cierta autonomía, se encarga de la industrialización del país y sostiene el desarrollo del capitalismo nacional promoviendo la política de sustitución de importaciones. Para consolidar su proyecto nacionalista y su autoridad, se apoya sobre un amplio conglomerado interclasista de todas las fuerzas productivas del país. El apoyo del Estado y la fragilidad relativa de la nueva burguesía no hegemónica favorecen una cierta radicalización de la clase obrera. La legislación social y laboral, que entonces se generaliza, corresponde a la necesidad de organizar el creciente mercado de trabajo y de asegurarse el apoyo popular. Es verdad que ella aporta algunos nuevos beneficios que mejoran las condiciones de vida y de trabajo de las cla-



ses dominadas, pero impone también un cuadro restrictivo a las posibilidades de organización y reivindicación. Es lo que se ha llamado "la democratización por vía autoritaria".

Así el populismo ha suscitado la extensión nacional del sindicalismo, y le ha concedido una fuerza política y social real al incorporarlo al sistema político; pero le ha impuesto también trabas decisivas en su papel y su función. Nacido bajo la protección del Estado, el movimiento sindical permanece dependiente de las formas estrictas de control de la organización y de la acción que éste le dicta. Más vale una visita al Presidente de la nación que una huelga en el lugar del trabajo. El poder de negociación del sindicalismo industrial es notablemente débil. La estrategia no puede centrarse principalmente sobre la empresa, ya que las relaciones de trabajo se fijan sobre todo por vía legislativa. Con todo, el carácter a menudo corporativista de la legislación sindical y la autonomía reducida del movimiento no le han impedido desempeñar un importante papel reivindicativo.

CONTEXTO ECONOMICO Y POLITICO TOTALMENTE DISTINTO

La fase de consolidación del sindicalismo oficial se acaba con el fracaso de

la política de sustitución de importaciones. La alianza entre la burguesía industrial y la clase obrera se distiende primero para romperse después. La división internacional del trabajo impone una nueva orientación a las economías nacionales. A la sustitución de las importaciones sucede la promoción de las exportaciones. Las leyes draconianas de la libre competencia internacional y del libre cambio comercial orientan el desarrollo económico. Para los trabajadores y el sindicalismo la situación se ha trastornado. La readaptación es inevitable y necesaria. La estabilidad relativa del modelo económico venezolano garantizado por la renta petrolera no debe ocultar las profundas remodelaciones, lentas pero reales, operadas en todo el continente, a las que nuestro país, por lo demás, no podrá escapar por mucho tiempo. Ya están presentes los signos precursores.

La propaganda del neo-liberalismo en boga enaltece los méritos de la promoción de exportaciones para favorecer el equilibrio de la balanza de pagos, promover la formación técnica y el progreso tecnológico, aumentar el empleo, luchar contra el paro, y reforzar la independencia nacional. Un balance crítico, aunque sea rápido, revela la ilusión y falsedad de tales slogans. El cambio brutal de la política económica sacude hasta el fondo el conjunto de la estructura productiva del país. El equilibrio económico nacional se ha roto. Las necesidades de importación aumentan, y el endeudamiento financiero alcanza proporciones desmesuradas. Las grandes industrias nacionales sustituyen al artesanado y a la pequeña industrial nacional; ello trae como consecuencia la descalificación de la gran mayoría de los trabajadores. Las empresas de exportación no emplean más que una parte muy pequeña de la población activa, y desarticulan el mercado de trabajo, aumentan con ello el desempleo y el paro. La economía del país se desnacionaliza. El poder y el capital se concentran en las manos de algunos monopolios que escapan al control de la nación.

Pero sobre todo una tal orientación económica no deja de tener crueles consecuencias en la política. El movi-

miento general de represión de los años sesenta, y sobre todo de los setenta, no responde tanto a una voluntad específica de lucha contra el comunismo cuanto al imperativo de destruir toda resistencia social en nombre de la competitividad en el mercado mundial. El Estado mismo aumenta las instancias coercitivas para garantizar y proteger la puesta en marcha de la nueva política económica. El control o la supresión de los sindicatos, la prohibición de huelgas y de otras actividades sindicales, los encarcelamientos, desapariciones o asesinatos de líderes sindicales o políticos responden a las "exigencias internacionales" de disminución de salarios, contracción de presupuestos sociales, etc. De esta manera en la mayor parte de los países el poder de compra de los salarios obreros ha disminuido oficialmente en alrededor de un 50 por ciento en los últimos años. Autoritarismos, militarizaciones, doctrinas ideológicas de la seguridad nacional, dictaduras sanguinarias no son más que el reverso de la medalla de las políticas de extrema austeridad impuestas a las poblaciones pobres.

En estas condiciones el movimiento sindical vive una transformación radical. Ayer dependiente pero cortado por el Estado árbitro; hoy perseguido

por un Estado autoritario, si no destructivo, se enfrenta a su propia supervivencia. El lugar y la función de los trabajadores industriales en el contexto político nacional parecen en efecto cada vez más inciertos. La reestructuración económica y la crisis amenazan la existencia misma de numerosas empresas. El aumento de la mano de obra disponible acentúa la fragilidad de la estabilidad en el trabajo. La heterogeneidad del mercado de trabajo y los crecientes contrastes en los ingresos conmueven la frágil cohesión de los sectores organizados. La hostilidad de la represión no permite ya hablar de la función negociadora del sindicalismo. La clase obrera se encuentra privada de sus líderes, del movimiento de solidaridad y de lucha que aseguran su identidad colectiva y sitúan su existencia en una larga memoria y tradición liberadoras.

Frente a un panorama tan cerrado, aparecen sin embargo nuevas vías. Es verdad que el camino recorrido es todavía demasiado corto e incierto para poder hablar de tendencias definitivas y globales; pero ... las readaptaciones del sindicalismo en Brasil y Colombia, que presentamos en el recuadro, pudieran ser profundizadas y enriquecidas por las experimentadas en otros países. Sor-

prende la convergencia entre tantas evoluciones.

¿ESTRATEGIA DE RENOVACION SINDICAL?

Del conjunto de la reciente evolución del movimiento sindical en América Latina, como lo ejemplificamos en el recuadro, se pueden sacar algunas hipótesis generales.

Hoy los derechos económicos y sociales de los trabajadores son negados, y las organizaciones sindicales amenazadas o destruidas. Además las desigualdades estructurales, la austeridad y los sacrificios impuestos en nombre de la crisis a la gran mayoría de la población alcanzan tales proporciones que se acentúa por una parte la urgencia de transformaciones sociales y por otra el bloqueo de las estructuras. En este contexto la acción sindical conserva todo su valor pero exige también una prolongación de carácter más político.

Frente al sindicalismo tradicional, muy vivo todavía, burocratizado y corporativista, el nuevo sindicalismo se define como recuperación de la organización por y para las grandes masas de los trabajadores, y como recreación de un movimiento social obrero más autónomo.

LOS CASOS DE BRASIL Y COLOMBIA

LULA, EL LIDER DE LOS AUTENTICOS

En Brasil, tras quince años de aplastamiento, el sindicalismo se rearticula. La corriente de renovación es heredera de un modelo anterior: estructura vertical y corporativista, imposibilidad de acción entre las bases ni de organización en los lugares de trabajo, control absoluto por parte del Ministerio del Trabajo. Los "pelegos" simbolizan a los antiguos líderes sindicales, oportunistas, corrompidos, sometidos a los intereses del Estado y del patrón.

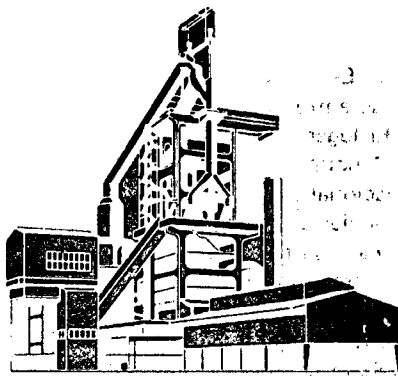
Desde 1977 aparece en algunos sectores industriales avanzados y entre algunas categorías sociales cualificadas un nuevo núcleo de líderes sindicales, los auténticos, cuyo símbolo nacional y modelo a seguir es Lula, dirigente del sindicato metalúrgico de Sao Bernardo (gran sector industrial de Sao Paulo, llamado también ABC). En el año 1978 se confirma el crecimiento y afirmación de la corriente auténtica, sobre todo en los sectores más jóvenes de la clase obrera. Estos se desligan de la burocracia y de las altas esferas de la pirámide sindical. Poco a poco las conversaciones genéricas desembocan en proposiciones más precisas sobre reivindicaciones unificadoras. Apunta un denominador común de reivindicaciones: salario mínimo único para todo el país, garantía de empleo, derecho de huelga, libertad sindical, organización en los lugares de trabajo. Un movi-

miento de huelgas, concentrado en la industria inflama el ABC, tras surgir de un impulso espontáneo de la base que desborda a los sindicatos, demasiado encajonados en los esquemas de una anticuada legislación de trabajo. En 1979 el movimiento huelguístico cubre a todo el país; participan en él los trabajadores de los servicios públicos y de la clase media, a veces en contra de las consignas de los sindicatos.

En 1980 la actitud de los poderes públicos frente a la huelga (dos meses) de Sao Bernardo subraya los límites de la "apertura democrática". La represión es brutal. Se interviene al sindicato, se encarcela a su directiva, las empresas despiden a cinco mil miembros de los sindicatos. Ni la radio ni la televisión transmiten ninguna información sobre la huelga, que queda así totalmente aislada. Ni el Estado ni los patronos harán la más mínima concesión. Sin embargo la capacidad de resistencia fue sorprendente. El comité de salarios que sostuvo y extendió la huelga contaba ante todo con la solidaridad de los barrios y los lugares de trabajo. Desde 1977 a 1980 el movimiento sindical, aunque prisionero de una legislación de trabajo restrictiva, supo aprovechar el estrecho margen de maniobra concedido de improviso por la "apertura controlada". Las nuevas tácticas se situaron en las antípodas de las de los "pelegos". Las reivindicaciones avanzan criterios igualitarios y demandas de carácter sociopolítico. Las formas de organización favorecen la representación y participación de las bases sindicales (estructuras ágiles y ligeras) y el movimiento de masas (imponentes asambleas generales). Hoy, al sueño reciente sucede un aparente declive del movimiento sindical. El terre-

Esta reapropiación exige replantear las metas, así como marcar de nuevo las perspectivas propias y los medios de acción. Las reivindicaciones, para ser unificadoras y movilizadoras, deben integrar los derechos sociales y sindicales de las grandes mayorías. Pero, el movimiento sindical, por lo general excluido o marginado del sistema político nacional, no tiene los medios de otros tiempos para intervenir directamente. Debe encontrar otros canales para ejercer presión sobre el Estado. Enfrentado a la salvaguarda de su propia existencia y a la defensa de la ciudadanía de vastos sectores de la población, el movimiento sindical no puede abstraerse del cuadro político más general en el que se inserta.

A lo largo y ancho del continente aparece, es verdad que bajo formas muy diversas, un nuevo tipo de movilización popular con el fin de hacer frente a una creciente injusticia y a una crisis estructural, tanto política e ideológica como económica, que afecta a la gran mayoría de la población. Esta movilización no sólo reagrupa a los campesinos o a la clase obrera en sentido estricto, sino también a la población marginada en infinitos cinturones de miseria, a los "nuevos estratos sociales urbanos" bautizados confusamente como



clase media, a fuerzas sociales mejor circunscritas: jóvenes, estudiantes, intelectuales, y a numerosos movimientos socioculturales-religiosos...

Los objetivos o la utopía movilizadora de toda esa gente son poderosos, aunque a veces estén formulados confusamente: establecimiento de relaciones más igualitarias, emancipación de los derechos democráticos y civiles, fin del despotismo del Estado y de los partidos políticos identificados con él, control de las nuevas oligarquías políticas y económicas, liberación del imperialismo y de los modelos importados de sociedad, búsqueda de nuevos modelos de desarrollo a los que puedan ser integrados todos los estratos sociales, etc...

La función política y nacional juegan un papel importante de unificación

en estos nuevos reagrupamientos interclasistas o frentes de clases, a los que anima una voluntad de cambios estructurales. Lo mismo pasa con la acción, las luchas, las victorias y las derrotas. A diferencia del funcionamiento tradicional de los partidos políticos, la acción misma y las luchas sostienen la movilización, y la organización no es independiente de la dinámica misma del movimiento. Sin negar su especificidad y su propia redefinición, la renovación sindical no se sitúa al margen de este amplio movimiento social y popular. A menudo lo sostiene y anima, recibiendo con ello un apoyo estratégico decisivo y una renovación de su experiencia histórica.

Los puntos comunes entre esta movilización social latente y también real y los movimientos populares de los años 30-50 son numerosos, pero no son menores las diferencias. Estos nuevos movimientos sociales por lo general han perdido sus ilusiones sobre la capacidad del capitalismo para asegurar un desarrollo económico integral, y sobre la del Estado para garantizar él solo la libertad e igualdad. Por eso ellos reclaman más autonomía para participar en el desarrollo social, y buscan nuevas formas de socialismo democrático y autogestionario.

no está minado por la recesión económica y la política regresiva puesta en práctica. Amenaza el paro; las reivindicaciones se hacen más modestas. Pero la dinámica social no está apagada, y la movilización adquiere una dimensión más vasta en el terreno político.

La corriente de renovación sindical y las huelgas del 78 al 80 aparecen como símbolos de resistencia y capacidad en las luchas populares. Las reivindicaciones han sobrepasado a las clásicas del sindicalismo brasileño. Han favorecido al conjunto de las clases populares, desbordando con mucho los intereses de los trabajadores de la gran industria. Las luchas del ABC representan la formación de un gran movimiento de lucha por la democracia como nunca se había dado en Brasil. Hay que colocar las victorias y derrotas del movimiento sindical en un vasto movimiento de lucha por la democracia, la justicia social y la libertad política. La formación a partir del impulso de la renovación sindical del Partido de los Trabajadores (PT) y el eco que éste ha encontrado en amplios sectores de todo el país manifiestan la amplitud del movimiento social, y desplazan la lucha del bloqueado terreno sindical al terreno político. Los trabajadores, con el apoyo de amplios sectores de la población, re sultan ser el elemento motor de la democracia brasileña.

REPRESION "LIBERAL"

También en Colombia prosigue el desplazamiento de la función sindical. Desde aproximadamente 1968 se acentúa una estrategia ofensiva en lo político e ideológico por parte del Estado y los patronos contra los derechos sociales,

sindicales y económicos, donde los trabajadores habían obtenido antes importantes concesiones. Se imputa a los sectores más combativos el paro y la aguda crisis económica. En un contexto de guerra larvada, el débil y dividido movimiento obrero está a la defensiva, incapaz de proponer un proyecto alternativo. Las discusiones y negociaciones alcanzan un punto muerto mientras se deterioran las condiciones de vida y de trabajo, y se acentúa la división de la sociedad. Frente a esta situación de bloqueo, se diversifican las formas de resistencia y de lucha, sensiblemente diferentes de las de los años 60. La estrategia actual se orienta en una triple dirección: por una parte la evolución global del sindicalismo busca superar las divisiones. La creación del Consejo Nacional Sindical (1977), el encuentro de Zipaquirá (febrero de 1981), el Primer Foro Nacional Sindical (agosto de 1981) y la unificación de las federaciones del departamento de Santander representan un avance real en la definición de criterios concretos para la unidad. Por otra parte poco a poco la lucha sindical se integra en el terreno más amplio de las luchas por la defensa o restauración de los derechos económicos y sociales. Por fin se precisa un acercamiento entre el movimiento obrero y el movimiento urbano. Las luchas sindicales desbordan el cuadro de la empresa y se inscriben en una creciente movilización social. Los dos importantes paros cívicos nacionales (septiembre del 77 y octubre del 81) han reunido a inmensos sectores de la población obrera y de los barrios. La unificación social colombiana, todavía tan frágil, ha progresado en los últimos años.